

más torpes sabían que entre el toro bermejo y el toro negro algo fatal y trágico interponiase; pero todos también sabían que se respetaban mutuamente.

¿Qué era aquello? ¿A dónde los llevaban? Una tarde vinieron los cabestros y al *Trianero*, al *Macareno* y a cinco cuatreños más, arropándolos, los separaron de la camada y condujéronlos como inofensivos corderillos, al *presidio grande*. ¿Qué aguardaban allí? ¿Por qué en los redondos recipientes de piedra le ponían habas machacadas en abundancia y yero además de la hierba, mielga, grama y trébol, que el terreno también les ofrecía en abundancia? Tan contentos estaban de la novedad en el *menú* cotidiano que el *Trianero* y el *Macareno* no

da de esto sabían los pobres y bravos cuatreños al encajonarlos. Burlados por los mismos bueyes, sin poder revolverse, como ratones, caían en la celada que les tendiera hábilmente los hombres de la dehesa con la ayuda de los cabestros. De pronto, todo se oscurecía en torno de ellos. Ni cielo azul, ni alfombra verdosa, ni pilones de agua clara, ni recipientes colmados de habas y yero. Un rectángulo de madera, donde no podían moverse. Un agujerillo por el que entraba un hilito débil de luz. Y luego como si lo arrastraran o los cambiaran de lugar. ¿Cómo zafarse de aquel cepo? ¿Cómo encontrar la salida de aquella mazmorra?



...arropándolos los separaron de la camada y condujéronles como inofensivos corderillos al "presidio grande".

se miraban ya recelosos y algunos días hasta se pusieron a comer uno al lado del otro. ¿Con aquel cambio de vida había cesado la rivalidad?

Hasta los vaquerizos estaban asombrados. ¿El *Trianero* y el *Macareno* juntos, atiborrándose de habas y soportándose mutuamente? En verdad que el caso era digno de estudio. ¿Si uno y otro hubieran sabido lo que les esperaba! Porque aquello no era un cambio alegre de vida y de bienestar más que por unos días. El *Trianero* y el *Macareno* con los cinco compañeros que habían separado también de la camada, estaban allí como presuntos ajusticiados. Del *presidio grande*, donde les engordaban durante quince o veinte días, hasta que la piel tomaba un matiz brillante, pasaban al *presidio pequeño*, un cerrado todavía de menores dimensiones que el otro. Allí serían encajonados para conducirlos a la plaza, donde habrían de lidiarse. El *presidio pequeño*, por lo tanto, les servía de capilla, de antesala de la muerte, porque de la plaza no era posible salir vivo. Pero na-

inútiles todos los esfuerzos para libertarse. ¿Arremeter contra aquellas cuatro paredes? ¿Si no había sitio ni para iniciar el primer derrote! Ni levantar la cabeza podían. El cancerbero, previsor, reíase de su furia impotente. Los cuernos, al menor movimiento, rozaban con un techo bajo y macizo. ¿Cómo encampanarse, cómo acometer si no había espacio? Y durante el viaje, a veces por ferrocarril, a veces por mar, la furia del toro enjaulado aumentaba. Y cuando después de unos días llegaban a la plaza donde iban a lidiarlo, la furia acumulada convertíase en locura hasta en los cuatreños más tranquilos.

El *Trianero* y el *Macareno*, desde sus tierras dulces y soleadas del Sur y cada uno en su correspondiente jaula, habían llegado a su destino. ¿Un día y una noche de viaje? Lo ignoraban. Sombras por todas partes y un ansia febril de escaparse de aquel encierro. Cuando, ya en los corrales de la plaza, levantaron la trampilla de las dos celditas portátiles para dar suelta al *Trianero* y al *Macareno*, uno y otro por unos momentos, atumecidos sin duda por el largo viaje, no se movían; pero a poco, la

Martín de San